

## COMIENZA LA BUENA NOTICIA

Cada día nos desayunamos con malas noticias, a veces malísimas. No ya sólo las muy frecuentes de sucesos, episodios de “violencia de género”, accidentes, desaparición de menores o adolescentes... Me refiero sobre todo a las muy malas previsiones económicas. Si ahora en España un 20% de la población activa, se prevé que a finales del año próximo será un 23%. Si hoy son cinco millones, ¿qué ocurrirá cuando sean SEIS? Y a esto se une la corrupción que llega hasta la cúpula del poder y la representación de los españoles.

Como en la economía todo está encadenado, eso significa no sólo que muchos millones de españoles padecerán más exclusión por la pobreza, sino que el Estado tendrá menos ingresos, que se consumirá y producirá menos, que los problemas actuales del déficit y la deuda no sólo no se resolverán sino que aumentarán. Todo esto, al margen de los políticos de turno. Al nuevo Gobierno se le pedirán milagros de inmediato, y estos milagros no son fáciles

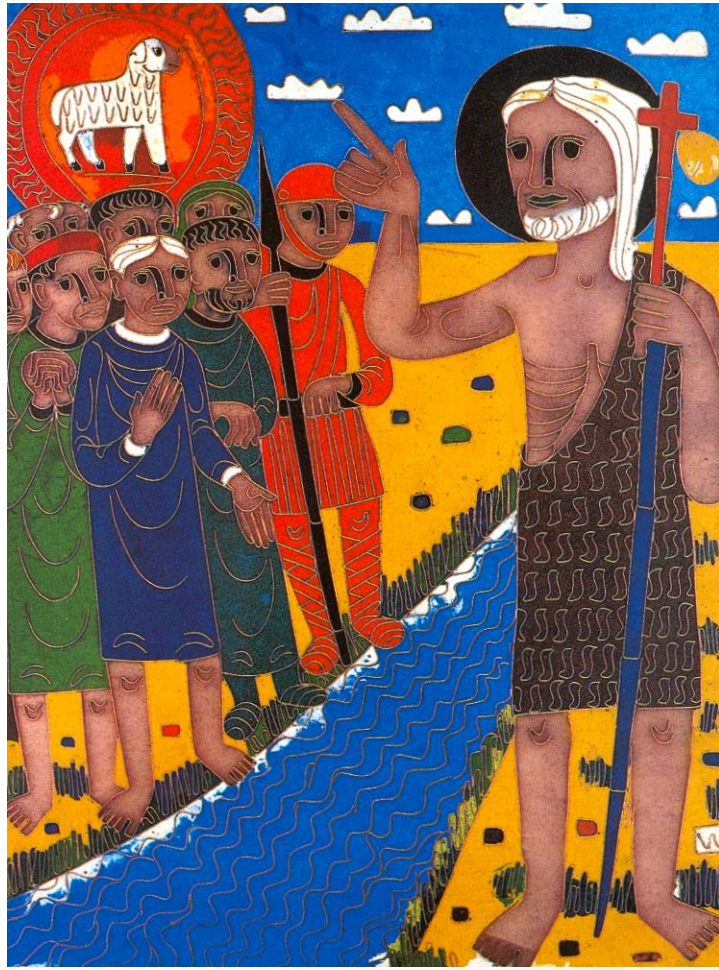
Entonces, ¿cabe otra cosa que el catastrofismo y el sálvese quien pueda? En situaciones no más esperanzadoras ni de mayor bonanza, en medio del destierro del pueblo exiliado lejos de su propia tierra, se oyó una voz. “Dice Dios: consolad, consolad a mi pueblo”. Y siglos después, cuando ese mismo pueblo había sucumbido ante el empuje de un Imperio cruel y no quedaba ni rastro de sus instituciones, el Evangelista Marcos escribe: “Comienza la Buena Noticia”.

¿Tenemos hoy derecho a esperar consuelo y a proclamar buenas noticias? ¿No estaríamos buscando evadirnos de la cruda realidad? El problema no está en tener o no tener derecho a la esperanza. Claro que lo tenemos. Y también el deber. El problema está en que no estamos en actitud anímica de esperar. Los españoles de hoy, en general, como los ciudadanos de este mundo laicista y secular no quieren esperar otra cosa que “panes et circenses”. Es decir, el bienestar, la comodidad, los viajes, abundantes euros en el bolsillo para la fiesta y la di-versión.

Con esta actitud psicológica de base y la codicia, se hace imposible incluso mejorar la economía. Los euros serán, cada vez más, propiedad de menos personas y habrá incremento de los excluidos de la mesa común. Como ha señalado Benedicto XVI, mientras no se introduzca la gratuidad y la caridad en las relaciones financieras, comerciales, productivas... la misma justicia se vuelve imposible.

De ahí la pertinencia en este tiempo de Adviento, preparación de la Navidad, de la urgente llamada a la solidaridad, al compartir, a desear incluso ser más pobres para que los pobres puedan alcanzar lo necesario para vivir con dignidad (comida, techo, educación, salud, trabajo...). Mientras la religión no afecte personal y comunitariamente a la economía, tendrá mucho de falsa y, desde luego, en nada se parecerá lo que Cristo predicó y vivió. La Iglesia será también un grupo de practicantes satisfechos, pero no portadora de la autoridad recibida de Jesús para expulsar demonios (autosuficiencia, ambición, orgullo) y recrear una familia nueva de hijos y hermanos. De la “Navidad de El Corte Inglés” hay que pasar a la única auténtica, la del niño nacido en un pesebre para enriquecernos con su pobreza.

JOSÉ MARÍA YAGÜE CUADRADO



Esmalte de Eginow Weinert